

863
E.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Como en otro tiempo...

Para los oficiales ingleses que nos acompañan, la zona de guerra comienza aquí: una zona vaga, sin trincheras y sólo poblada de campamentos de reserva.

«Todavía no hay nada interesante», nos dicen.

Pero para nosotros, que venimos de allende el Pirene, con el alma siempre llena de resplandores del pasado, aquí comienza también el escenario de otra tragedia, más grande que la actual desde un punto de vista pintoresco y caballeresco. Amiens, cuyas torres se pierden poco a poco en el horizonte, fué el centro de aquella acción cuyos principales personajes se llamaron Felipe II y Enrique IV. En el relato de las batallas, de los sitios, de los asaltos, se encuentran a cada instante, lo mismo que hoy, los nombres de La Fère, de Doulens, de Le Catelet, de Cambrai, de Calais. Y lo que es más característico y más significativo, entonces, cual ahora, los ingleses, olvidando rencores antiguos, atravesaron el Estrecho y vinieron a ponerse al lado de los franceses.

*
**

Mientras mis compañeros observan con curiosidad de neófitos los inmensos vivacs de reservas canadienses, australianas y escocesas, yo evoco con interés apasio

nado la vieja crónica del siglo XVI, que parece, en pequeño, un relato de lo que pasa en el siglo XX. Toda la Francia imprevisora y admirable está en esas páginas, que hablan ya de «unión sagrada», de «tregua de los partidos», de «ataques bruscos», de «intrigas clericales», de «sorpresas estratégicas» y hasta de «atrocidades». En Douvens, en efecto, el capitán español que tomó la ciudad, hizo pasar a cuchillo a más de 4.000 hombres de la guarnición, y con magnífico cinismo contestó a los eclesiásticos que se atrevieron a censurar sus actos, que «la guerra es una cosa muy triste». Por fortuna para los invasores, otros jefes consiguieron pronto, conduciéndose noble y generosamente, hacer olvidar este episodio bárbaro. La página relativa al asalto de Amiens, sobre todo, es de las que parecen arrancadas a las historias maravillosas de Jenofonte. «El 11 de marzo del año de Nuestro Señor, 1597 — dice la crónica —, el cardenal de Austria consiguió colocar sus fuerzas en las inmediaciones de las murallas, y las escondió con tanto arte, que los defensores ni siquiera diéronse cuenta de aquella marcha sigilosa. Al amanecer, cuando una de las puertas de la población fué abierta para dejar paso libre a los campesinos, llegaron cuarenta hombres robustos, cargados de sacos de trigo, y la guardia no opuso ninguna dificultad a su entrada. Apenas dentro, estos hombres, que eran soldados disfrazados, sacaron sus armas, y sin dar tiempo a los franceses para apercibirse a la defensa, los mataron, apoderándose así en un minuto de la puerta, por la cual precipitóse la hueste invasora.» Cuando los amienenses, que habían prometido a Enrique IV armarse, y que por descuido no lo habían hecho, vieron las calles llenas de enemigos, apresuráronse a capitular, sin intentar la menor resistencia, pidiendo únicamente respeto

para sus vidas y haciendas. «El invasor — confiesan los anales locales — prometió todo, y con tal celo cumpliólo, que no hubo ni burgués ni dama que tuviesen la menor queja de su conducta, la cual fué cortés, a pesar de que nada hubiera podido oponerse a sus violencias, y que la riqueza de la villa podía bien tentar sus apetitos, así como la abundancia de mujeres jóvenes podía despertar sus deseos.» Este triunfo español fué para el rey francés un golpe tan rudo, que, a pesar de su energía, no pudo ocultar las lágrimas que humedecieron sus ojos al leer el despacho en que se le daba cuenta de aquel acontecimiento.

— París está perdido si no logramos realizar un milagro — exclamó, dirigiéndose a su consejero Rosny.

Luego, en una hermosa carta al condestable Montmorency, agregó:

«Es preciso que hagamos un esfuerzo supremo para vencer a la fortuna, que nos es contraria; hay que sacrificar nuestras pasiones, nuestra hacienda, nuestro trabajo. Toda Francia debiera levantarse en armas. Por mi parte, os aseguro que si pudiera reconquistar la plaza perdida al precio de mi vida, la daría por bien empleada, y la tumba me parecería honrosa.»

*
* *

Lo extraño en aquellos momentos fué que el país no pareció darse cuenta de la gravedad de las circunstancias. Los voluntarios que el Rey llamaba no acudían, y lo que resultaba aún más peligroso en una época de mercenarismo militar, ni el Parlamento, ni la nobleza, ni el clero oían la voz enérgica y doliente con que los capitanes pedían dinero. Enrique IV en persona pre-

sentóse ante los representantes del pueblo y les dijo: «Vengo a pedir os limosna, por el amor de Dios y de la Francia, para los que en la frontera defienden vuestro reposo.» El resultado de esta súplica fué tan insignificante, que la Corona tuvo, al fin, que decidirse a recurrir a la venta de los cargos públicos. El pueblo comenzó por gritar ante este abuso del poder, y, al fin, acabó por unirse ante el peligro que amenazaba a París.

*
* *

Oyéndome evocar aquella tragedia lejana, el capitán que nos acompaña me interrumpe diciendo:

— Todas las operaciones militares que se desarrollan en los lugares predestinados de la Historia tienen, naturalmente, puntos de contacto entre sí. Los españoles de Felipe II apoderándose de Amiens y sitiando Peronne, hacen lo mismo que los alemanes. Pero si quiere usted encontrar una campaña que se produzca de un modo exacto, casi matemático, las grandes líneas de la batalla del Somme y del Iser, hay que buscarla en tiempo de Luis XIV, cuando los tercios de Felipe IV, al mando del archiduque de Austria, invadieron estas regiones, tratando de abrirse paso hacia París. En 1647, los españoles se hallaban fuertemente atrincherados en la línea que de Dixmude va a Armentières pasando por Iprès. Frente a ellos, los franceses ocupaban la Bassée y Lens por un lado, y por el otro Dunkerque. Lille era entonces la principal plaza española y Arras el centro de la concentración francesa. Después de observar largo tiempo al enemigo, Condé decidióse, en mayo de 1648, a sitiar Iprès, con objeto de dar a su frente una forma angular con el vértice en las alturas de Saint-Eloi y las dos pun-

tas apoyadas en Arras y en Dunkerque. El actual frente inglés es exactamente el mismo. Por su parte, el Archiduque, al perder Iprès, apoderóse de Courtrai, formando así un vasto frente jalonado por las ciudades de Ostende, Armentières, Douai y Cambrai. El Iser, entonces como ahora, sirvió de barrera natural a los ejércitos y desempeñó un papel importante en las diversas fases de la lucha. Seguro de sí mismo, el general español emprendió, a mediados de 1648, el ataque general con objeto de internarse en Francia y de buscar la gran ruta que conduce al Marne y al Sena. En Guisa y en Rocroi, es decir, en los mismos lugares donde hace dos años se dió la gran batalla que determinó la retirada de nuestras tropas, hubo una larga pelea que terminó, al cabo de un mes, con un doble fracaso, pues mientras uno de los ejércitos se replegaba hacia Lille, el otro retrocedía hacia Arras. ¿Qué objeto tenía aquella maniobra al parecer inexplicable? Pronto se supo, al ver que los españoles emprendían una marcha hacia el mar, sitiando Furnes y amenazando Dunkerque. Condé, más prudente, más económico de sus fuerzas, contentóse durante algún tiempo con observar desde lejos los movimientos del enemigo. Una vez dueño de Furnes, el Archiduque creyó que había llegado el momento de invadir el Artois y avanzó rápidamente hasta llegar ante el castillo de Estaires, defendido por los franceses. Una vez esta plaza conquistada, la carretera de Bethune parecía libre al invasor, que avanzó al son de sus trompetas, dispuesto a ocupar Arras, para poder en seguida precipitarse contra París. Condé en aquel trance crítico supo vencer y salvar al país.

Después de darnos esta lección de Historia, el capitán agrega:

— En el fondo todas las guerras son iguales... Se habla de progresos, de ciencia estratégica, de evolución en los métodos... ¿Dónde vemos tales progresos?... No me refiero a la artillería, claro está, ni a los medios de transporte. Eso sí se ha transformado, eso sí ha cambiado. Pero lo que constituye la parte artística o científica de las operaciones, la maniobra puede decirse, es siempre la misma. Lo que Condé hizo en el siglo xvi es lo que Foch ha hecho en el siglo xx... Y si dentro de cien años hay en esta región otra campaña, los generales futuros no harán sino lo que han hecho antes sus predecesores.

Nuestro *cicerone* tiene razón en términos generales. Pero si yo me complazco hoy en evocar de un modo especial la tragedia del siglo xvi, es porque en ella encuentro no sólo los elementos de comparación militar que el capitán acaba de hallar en otra campaña menos remota, sino también una atmósfera moral muy parecida a la que hemos respirado durante los días que precedieron al milagro del Marne.

*
**

«De Amiens a la capital—decían los capitanes de Felipe II— no encontraremos grandes dificultades en este país desgarrado por las peleas religiosas y los odios de partido.» ¿No se creería que oímos hablar a los militares alemanes en los momentos de la retirada de Charleroi?... Como von Klück hace dos años, el cardenal de Austria, hace cuatro siglos, creíase ya dueño de Francia... «Toda Europa— escribe el historiador Roquain— estaba preocupada por aquel sitio, del cual dependía la libertad de los franceses o su esclavitud.» Y como, sin duda ninguna, la fuerza, el método, la organización y el prestigio militar se hallaban del lado de los españoles, los

países neutrales comenzaban a volver la espalda a Enrique IV. Sólo los ingleses, que veían con ojos inquietos la ocupación de Calais por las tropas del rey católico, enviaron algunas compañías de hombres de armas en socorro del bearnés. Pero ¿qué representaba aquel apoyo en momentos en que las Flandes eran un *réervoir* inagotable de soldados al servicio de Castilla? Sin pronunciar la frase del Káiser, el heredero de Carlos V veía con el mayor desdén a los guerreros de su gloriosa enemiga Elisabet y aconsejaba a sus representantes que «cuidaran de conservar Calais a todo precio», pensando, sin duda, en empresas más afortunadas que la de la invencible armada. Ya los barcos de Alejandro Farnesio, tripulados por corsarios de Dunkerque, hacían la guerra en el mar con verdadera fortuna y lograban no sólo apresar algunas *roberges* llenas de armaduras y lanzas, sino también hacer prisionero al embajador de la reina inglesa. «Todo va bien, gracias a Dios», escribía el archiduque Alberto. En París, por el contrario, todo iba mal.

Pero llegó un día, un famoso 15 de septiembre de 1598, en el cual las tropas que hacían reír en las inmediaciones de Amiens a los magníficos oficiales flamencos, alemanes y españoles del cardenal de Austria y del duque de Parma, realizaron el milagro de vencer a un adversario superior en número, en armas, en disciplina y en confianza en sí mismo. No era ni el primero ni el último prodigio francés. Antes de aquella fecha, nueve siglos antes, en los campos cataláunicos, habíase ya producido otro igual, para reproducirse después en Valmy y después en el Marne, en un mes de septiembre...

*
**

Mis compañeros, que continúan interrogando la comarca con ojos curiosos, no piensan sino en las batallas recientes.

— Por aquí pasaron los alemanes — dice uno.

— Aquí estuvieron más de un mes — exclama otro.

La tierra picarda, hermana de la tierra flamenca, se presta mejor que ninguna a las grandes operaciones militares y a las grandes corrientes invasoras. Hasta el infinito, la vista abarca las planicies, apenas onduladas, que esconden entre vastos arbolados de parques, ciudades de nombres prestigiosos. Los campesinos, sin acordarse siquiera de que ayer esto fué un escenario de tragedia, remueven con el arado lo que es un osario. En las aldeas las campanas de las iglesias repican alegremente. Los campamentos ingleses, tan amplios, tan blancos, tan confortables, parecen interminables ferias campestres. Los jinetes esbeltos pasan por los senderos ostentando sus uniformes color kaki. Los soldados forman grupos pintorescos alrededor de las marmitas en que hierve el te. Hay una sana alegría, serena, elegante, tranquila, en esta zona de las reservas británicas, adonde el trueno del cañón no llega sino amortiguado por la distancia.

— Es una guerra aristocrática — murmura el marqués de Valdeiglesias, para quien el espectáculo de la fría corrección inglesa resulta lleno de atractivos.

Y es necesario que llegemos al primer pueblo en ruinas para hacerle sentir que hoy, como ayer y como siempre, la lucha entre hombres es la más atroz, la más cruel, la más horrible de las luchas...

La capital del ejército inglés.

Al pasar por la rue Saint-Bertin, uno de nuestros compañeros detiénese ante una vasta fachada de ladrillo, y después de leer el letrero que campea en el alto portal, exclama :

— ¡Qué gente! Hasta tiempo han tenido para fundar un seminario...

Los que sabemos que el Colegio Inglés de los jesuitas de Saint-Omer data del siglo xvi, nos echamos a reír... Pero, en el fondo, todos tenemos que reconocer que las ingenuas palabras de nuestro amigo contienen una observación muy justa. En menos de dos años, los hijos de la Gran Bretaña han hecho aquí algo más que un aula : han hecho una ciudad británica.

— Es nuestra capital — exclamaba anoche el capitán que nos sirve ordinariamente de *cicerone*.

Y un hostelero campechano que suele ofrecernos la ahumada hospitalidad de su comedor cuando regresamos de nuestras correrías por el frente, murmura a menudo, entre irónico y satisfecho :

— Ahora los que necesitamos intérpretes somos nosotros, los indígenas...

— ¿Se queja usted? — pregunté a este último cierta mañana.

— De ninguna manera — contestóme.

Nadie se queja de la invasión, en efecto. ¿No son, acaso, esos mozos rubios, vestidos de kaki, los hermanos heroicos que dan su sangre para regar las tierras francesas amenazadas por los bárbaros?... Sí, lo son. Además, considerados desde el punto de vista algo prosaico, pero muy humano, de los señores comerciantes, también son los mejores clientes del mundo, los más generosos, los más rumbosos, los menos difíciles de contentar. Con sus mentalidades especiales de *gentlemans* ricamente mantenidos por el Gobierno, se sienten incapaces de economizar, no sólo los dos chelines diarios de su paga, sino hasta lo que la Intendencia les da para equiparse y para alimentarse. «¡Souvenir!», les gritan los chicos franceses, con sus caras socarronas. Y los buenos Tommys sacan de la mochila sus cajas de conservas, se arrancan los botones dorados, dispersan las bandas de sus polainas, tiran sus navajas de ordenanza, reparten sus arreos de cuero amarillo.

«Les officiers de la police militaire — dice la *Revue de Paris* — ont ordonné à plusieurs reprises des perquisitions. Et encore que les habitants prévenus aient pres-tement enterré dans leurs jardinets leurs souvenirs les plus précieux — on eût dit qu'une frénésie de jardinage s'emparait des villages au fur et à mesure que les camins se remplissaient de débris — la quantité d'objets recueillis était effarante.»

Como es natural, nuestro hostelero no habla de esto, y se contenta con murmurar, lleno de ternura, contemplando a sus parroquianos:

— ¡Son tan bonachones, tan amables, tan callados!... Véanlos ustedes... ¿No se diría que están en la escuela?...

Sentados alrededor de las mesitas de mármol, los buenos Tommys saborean en silencio sus grandes vasos de

cerveza, sin pronunciar una palabra. Durante horas enteras permanecen así, quietos, impasibles, como si esperaran algo que no llega nunca. Cuando quieren otro vaso, golpean la mesa con la pipa y hacen un gesto. Cuando llega la hora del parte oficial que anuncia las hazañas nuevas de sus compañeros de las trincheras, leen sin pestañar la hoja impresa, que pasa de mano en mano, y no dicen nada. Cuando el clarín, a lo lejos, los llama, se ponen de pie, pagan y se marchan...

*
* *

En las calles, donde ahora los vemos, tampoco se muestran más locuaces. Los que se pasean van despacio, dos por dos, cuatro por cuatro, con la pipa en la boca, siempre callados, siempre distraídos, muy derechos, muy rígidos, pisando fuerte, y tan seguros de sí mismos, que parecen haber vivido siempre aquí. Nada les inspira esas curiosidades inocentes que hacen detenerse a los «peludos» franceses ante cualquier edificio. Pasan ante los nobles palacios blasonados y ante las viejas torres, sin levantar siquiera la vista. Lo único que de vez en cuando los obliga a salir de su mutismo y de su indiferencia, son los escaparates en los cuales se amontonan las botellas de agua de Colonia y los frascos de licor. ¡Ah! Ahí sí que se animan sus pupilas *claras; ahí sí que sus labios se entreabren para pronunciar con religioso respeto los nombres de los más famosos wiskys y de los más venerables gins... Pero, por desgracia, los hombres graves de la Military Police, con sus brazales rojos, están siempre cerca de las tiendas tentadoras, para hacer respetar la consigna de la sobriedad. Y Tommy, que apenas mira a sus oficiales cuando pasan a su lado, y que no los sa-

luda nunca, ante el *policeman* se cuadra, no sin cierta inquietud.

*
**

Tan acostumbrado está Saint-Omer a no ver por las calles sino soldados callados, que nuestro grupo de paisanos parleros y curiosos llama la atención de los chiquillos. ¿Qué podemos buscar nosotros, que nos paramos ante cada fachada histórica; nosotros, que discutimos con animación al pie de los pórticos antiguos; nosotros, que tocamos con manos irrespetuosas las piedras de los santuarios?... En el atrio de Saint-Denis, ante los encajes góticos del campanario, unos cuantos pilletes, muy desherrapados y muy despiertos, nos rodean, empeñándose en adivinar lo que estamos diciendo en una lengua para ellos extraña, que es, sin embargo, la que hablaron sus abuelos del siglo XVI. Nuestro guía, que los ve con simpatía, les reparte algunas monedas de cobre, y les pregunta por el camino del monasterio de San Bertin.

— El monasterio — gritan todos — por aquí, por aquí...

Y contentos de encontrar forasteros que no son mudos, echan a andar delante de nosotros, para indicarnos el más breve itinerario a través de callejuelas pintorescas.

*
**

La masa de la torre aparece, al fin, ante nuestra vista, enorme, cuadrada, negra, dominando toda la población y toda la comarca, irguiéndose con fosco orgullo por encima de las demás torres, señorial de veras en su majestad inmutable e impasible. A medida que nos acerca-

mos a ella, las calles, las casas y las plazuelas son más vetustas, más grises, más desiertas. Estamos en el centro de la antigua metrópoli abacial, en el feudo milenario de los priores de horca y cuchillo que, con su riqueza y su ciencia, convirtieron este barrio de Saint-Omer en uno de los centros más venerados de Europa. Como Cluny en Borgoña, como San Millán de la Cogulla en la Rioja, en efecto, San Bertin en el Artois fué, durante largos siglos, un santuario al cual acudían, en demanda de luces espirituales, reyes, santos, príncipes y doctores. Carlomagno estuvo aquí, y aquí preparó en el silencio de breve retiro, una de sus gloriosas expediciones. Aquí estuvieron Santo Tomás de Cantorbery y su paisano San Dunstan, el oráculo de Inglaterra. Aquí oró San Bernardo antes de predicar las Cruzadas, y aquí lloró San Anselmo al final de su vida. Aquí buscaron la paz del alma, en días de tormentas interiores, muchos conquistadores. Por este mismo camino que nosotros seguimos ahora, vino, una tarde de otoño, la dulce Blanca de Castilla acompañada de su hijo el divino San Luis de Francia. Aquí el rudo Duguesclin y su amigo Oliverio de Clisson, arrodillándose ante la reliquias de la abadía, imploraron la protección de San Bertin para la empresa que entonces preparaban. Aquí, Carlos el Temerario, en el apogeo de su carrera sanguinaria que la mano de un adolescente había de detener pronto en las inmediaciones de Nancy, colocó cinco campanas de bronce dorado para que celebraran sus victorias. Aquí, en fin, el César Carlos V vino con su padre para jurar fidelidad como conde del Artois.

*
**

El anciano guardián de las ruinas nos guía por los claustros arruinados, quejándose de que nuestro siglo impío haya olvidado sus devociones al santo patrón de estos lugares. Todo lo que pasa en el mundo, según él, se debe a la poca fe de los tiempos modernos.

— En otras épocas — murmura con una voz que es leve cual un suspiro —, los hombres eran más buenos..., la guerra no era tan cruel... ¡Ahora, santos cielos!...

Entre los escombros se descubre la grandeza de la antigua abadía que fué una ciudad de monjes. Las ojivas mutiladas extiéndense en líneas paralelas, marcando los interminables límites del gran patio. Pero las habitaciones de los frailes, los refectorios, las bibliotecas, las capillas, las estancias de los príncipes, los aposentos del abad, la sala del Consejo del Toisón de Oro, todo lo que constituía el esplendor verdadero del monasterio, ha desaparecido por completo. La torre sola queda intacta, en su masa arquitectónica, irguiendo siempre su grandeza cincelada en el espacio claro. Y hasta la torre misma no es sino el esqueleto de lo que fué. ¿Dónde están sus esculturas, sus encajes de granito, sus frescos dorados, sus altares, sus tumbas?... ¿Dónde están las figuras de su pórtico?... ¿Dónde están sus vidrieras de colores?... «La iglesia — dice el cronista Lesigne — parecía un relicario, con sus retablos de oro macizo, con sus mosaicos, con sus lienzos, con sus candlabros de plata, con su techo de plomo, labrado cual un joyel.» Hoy, en el interior, no quedan sino los muros escuetos, y si el exterior conserva sus líneas soberbias y sus proporciones primitivas, en cambio sus adornos escultóricos están mutilados o carcomidos.

*
**

Cuando nos disponemos a salir del santuario desolado, el viejo guardián nos dice, señalándonos un ángulo obscuro:

— Ese es el rincón de Carlos V.

Nada, en la minuciosa guía del abate Dusautoir, indica que el César español haya tenido, en el gran monasterio de su muy noble y muy leal ciudad de Saint-Omer, un lugar preferido. Pero, a pesar de su vaguedad, las palabras de nuestro *cicerone* nos emocionan y nos halagan. Que en este lugar, por el cual pasaron desde Carlomagno hasta Luis XIV, los más grandes reyes, la figura del Emperador continúe siendo la más viva de todas, es un signo de que su recuerdo perdura siempre en el corazón del Artois, como el de su nieta Isabel en el alma de las Flandes. De cualquier modo, si no fué en ese rinconcillo exactamente, es indudable que Carlos V oró aquí, no sólo cuando vino con Felipe el Hermoso a jurar como conde del Artois, sino más tarde, mucho más tarde, ya en el ocaso de su vida, en vísperas de ir a enterrarse en Yuste. «Il vint — se lee en la crónica — pour se recueillir dans la solitude, avant d'abdiquer l'empire.» Y así, puede decirse que estas losas conservan las huellas de los primeros y de los últimos pasos del más gran monarca de España...

*
**

Cuando volvemos hacia nuestra hostelería hospitalaria, contemplamos a la luz del crepúsculo, desde una alta terraza, el conjunto de la ciudad que Froissard llamó *la ville aux beaux clochers*. Por todas partes, alguna flecha negra marca el sitio de un santuario. Piadosamente, los artesanos han restaurado muchas de las torres

que el tiempo había degradado. Entre los resplandores áureos del atardecer, los techos se extienden *à perte de vue*, y el panorama se agranda, se embellece y se anima. De todas partes elévanse, en el aire tibio, los toques del Avemaría. Y más que con la vista, con el oído sentimos que el viejo cronista de las guerras caballerescas no se engañaba al hablar de los innumerables campanarios de Saint-Omer. Como en Venecia, como en Brujas, como en Toledo, las notas de bronce pasan sobre nuestras cabezas, graves y ligeras, saludándose familiarmente en su concierto alado.

*
**

En las calles centrales, los Tommys nos acogen de nuevo con su frialdad habitual. No se ven más que uniformes kakis. No hay más que rostros afeitados, ojos claros, labios cerrados. No se escucha una palabra. Y, sin embargo, el ruido es ensordecedor; un ruido trepidante, discordante; un ruido de hierro y de fiebre; un ruido serio, duro, enérgico, entre el cual sólo los gritos de los chiquillos ponen acordes alegres. Son los automóviles militares, las motocicletas militares, los talleres militares, los que así hacen vibrar la atmósfera. Por todas partes se oyen sirenas, yunques, motores, ruedas. Los oficiales pasan a caballo, ligeros y esbeltos. Por las ventanas de los restaurantes se escapa un estrépito de platos y de copas. La hora solemne de la cena acércase, y los hijos de la Gran Bretaña, que han canonizado esa hora, parecen saludarla con entusiasmo. Por las aceras van, corriendo, los carrillos humeantes que llevan las marmitas hacia los cuarteles. En las tiendas de ultramarinos, custodiadas por severos *policemans*, los soldados

se amontonan, pidiendo por señas lo que necesitan para aumentar el succulento rancho que la Intendencia les ofrece. Los centinelas, a las puertas de los palacios, pásense con paso duro e impaciente. El *estómago nacional*, de que hablaba Oscar Wilde, es, en estos hombres, más elocuente que los labios. En las ventanas, las muchachas morenas, de ojos tiernos y maliciosos, sonríen a los buenos mozos rubios. Una alegría serena, un buen humor sin risas y sin bromas, algo como una beatitud general, mueve a la ciudad entera, dándole un aspecto de feria y de campamento. Y como nosotros, aunque no tenemos el honor de ser ingleses, sabemos ser sensibles a los perfumes de sopa caliente que flotan en el aire, murmuramos, al fin, apresurando el paso:

— Nuestro hostelero nos espera...